

Amigos de Dios:
las virtudes humanas y la gracia*

Cornelio Fabro

Todos los santos, y especialmente los fundadores de las familias de la Iglesia, son heraldos de la vida del espíritu que indican la meta, que es la transfiguración del alma en Dios: preceden con el ejemplo e iluminan con sus escritos. En la economía ordinaria de la vida sobrenatural, habitualmente las dos luces se reflejan y se integran en el mensaje original que han recibido de la Providencia *ad aedificationem Corporis Christi*. Y, así, el texto escrito, que normalmente transmite el mensaje oral directo del Padre a sus hijos espirituales, no hace sino desarrollar aquella intuición primaria que el Espíritu de Dios ha encendido en sus almas, llamándolas a la paternidad espiritual de un nuevo ejército de Cristo. El Fundador se sitúa, intrépido, en la proa de la nave señalando a sus hijos el mar abierto de la santidad y

* Traducción del original italiano al español de Miguel Ángel Garrido y Armando Pego.

del apostolado: ocurre, sobre todo, en los fundadores de edad joven, como es nuestro caso¹.

La idea originaria es una inquietud que de repente invade toda el alma y la arrebatada, con dedicación total a la nueva Obra. Es una llamarada que crece en sí misma en el interior de la Iglesia por un dinamismo secreto, pero seguro, en sus pasos y en sus proyectos: tal es la impresión que de inmediato provoca la lectura del volumen de homilías de Mons. Escrivá, *Amigos de Dios*².

Como cualquiera advierte fácilmente, es la liturgia católica la que una y otra vez le ofrece temática para la exhortación familiar: es el Padre que conversa afectuosamente con los hijos, que quiere tocar el alma, acercar su alma a la de cada uno de sus oyentes para iluminarles y transmitir con alegría y confianza en Dios su ideal. Esto —digámoslo enseguida, porque se transparenta en cada página— es la *santidad común* en el sentido más fuerte y fascinante, o sea la santidad que es ofrecida a todos, la santidad que conviene a cada profesión y tipo de vida: es la idea que brilló desde el lejano 1928 en el joven sacerdote y creció con él en la práctica como por un pacto de amor.

1. El Beato Escrivá era un sacerdote de veintiséis años cuando fundó el Opus Dei (el 2 de octubre de 1928).

2. Se trata de la segunda recopilación de homilías; la primera, con el título *Es Cristo que pasa*, fue publicada todavía en vida del autor.

Ya otros, antes que él –piénsese en la Orden Tercera de san Francisco– habían proyectado, en línea con el Evangelio, la santidad (es decir, la vocación a la perfección) de los laicos, inmersos en la tareas y en las preocupaciones de la vida cotidiana. Aquí, el ideal, que puede bastar por sí solo para transformar la vida de la Iglesia en una Pentecostés, es visto en el mundo de hoy por encima y más allá –si es lícito explicarse así– de los modelos del pasado. Hoy las clases sociales se afanan por encontrar fórmulas organizativas, arrastradas por pasiones políticas y por el impulso de fuerzas históricas y técnicas desconocidas en el pasado. No es posible limitarse a repetir o a poner al día los esquemas del pasado; toca comenzar de nuevo desde el principio: Mons. Escrivá lo ha hecho, volviendo, como Francisco, al Evangelio *sine glossa*.

AMOR POR LA LIBERTAD PERSONAL DE TODOS

Por esto, una primera lectura discurre enteramente en alegría de fulgores evangélicos. Impresiona, sobre todo, su insistencia en la *libertad* de los hijos de Dios, de la cual hemos hablado en otra parte³. Es su tema preferido y

3. Cfr. Cornelio FABRO, «Un maestro di libertà cristiana», en *L'Osservatore Romano*, 2 de julio de 1977.

parece que se complazca en sacar a la superficie su carácter paradójico: la libertad es la tensión suprema del espíritu que nos llama, y empuja con fuerza a cada uno a la entrega total a Dios; el objeto, el motivo, la sustancia es la santidad en «la verdad que libera en libertad». Sin duda es un objetivo elevado y arduo: «Pero no me perdáis de vista que el santo no nace: se forja en el continuo juego de la gracia divina y de la correspondencia humana» (n. 7).

Y por esto, con un estilo que es quizás único en la hagiografía cristiana, proclama: « los cristianos gozáis de la más plena libertad, con la consecuente personal responsabilidad, para intervenir como mejor os plazca en cuestiones de índole política, social, cultural, etcétera, sin más límites que los que marca el Magisterio de la Iglesia» (n. 11). Si entendemos bien, no se trata de una libertad de repetición ni tampoco de mera imitación, sino de un compromiso creativo que se vincula una y otra vez a los manantiales de la fe. Es un programa de apertura y no de clausura, es una tarea de creatividad en los eternos compromisos del Evangelio, para indicar el camino con gesto seguro y concreto al hombre contemporáneo a fin de que realice, en la Iglesia y con su guía, la «contemporaneidad con Cristo». Y se complace inmediatamente en aclarar que mantiene «un sacrosanto respeto por vuestras opcio-

nes» (ibídem): una expresión audaz y absolutamente nueva (¡a mi parecer!) en la tradición de la espiritualidad cristiana, pero también pura y auténtica, que te abre el espíritu a toda osadía por la causa del bien. Y esto es más fácil –diría más bien, únicamente posible– en una institución de tipo secular que abarca y puede abarcar todas las condiciones y situaciones del hombre.

LOS VALORES HUMANOS Y LA GRACIA

No estamos en una nivelación por la acción, sino en sus antípodas: integración armoniosa de naturaleza y gracia, de virtud natural y sobrenatural, del primer grado de la creación, cuando *Deus fecit hominem rectum*, y del segundo, en el cual Cristo, *perfectus Deus et perfectus homo* (según la fórmula de la ortodoxia atanasiana que retorna con frecuencia a la pluma de nuestro autor), con su Gracia, no sólo repara las heridas del pasado sino que eleva al hombre en la plenitud de la vida divina a la dignidad de hijo adoptivo y amigo de Dios. Síntesis siempre en elevación. Refiriéndose a la polémica del siglo sobre la «filosofía cristiana», o sea, a una *Weltanschauung* de inspiración revelada como querían los Padres antiguos, ésta, según nuestro autor, supone y completa, purifica y extiende las líneas ya traza-

das por la mente humana en el mundo clásico, al ser también la razón natural obra de Dios, según Pablo y la interpretación más robusta de la Tradición cristiana definida por el Concilio Vaticano I, que es aquí explícitamente recordado. Reconocimiento, pues, lleno de la originalidad creadora del espíritu humano *in lumine fidei*, es decir, en aquella luz que contiene y a la vez dilata, en el interior del espíritu, la verdad que salva. No sorprende, pues, que Mons. Escrivá haya dedicado toda una instrucción a la virtud de la humildad. Presentada también ésta, una vez más, en su estilo inconfundible, a saber, de subida, en el sentido elevador de compromiso y consuelo, ¡y no de abatimiento por el cúmulo creciente de nuestras miserias! Así, «vayamos a la oración y digamos a nuestro Padre: ¡Señor, en mi pobreza, en mi fragilidad, en este barro mío de vasija rota, Señor, colócame unas lañas y –con mi dolor y con tu perdón– seré más fuerte y más gracioso que antes!» (n. 95). Es una oración consoladora –observa desarrollando la imagen potente y tierna a la vez del pobre cacharro– «para que la repitamos cuando se destroe este pobre barro nuestro» (ibídem). Y la deliciosa conclusión en la invocación a la Madre de Dios: «María, al confesarse esclava del Señor, es hecha Madre del Verbo divino, y se llena de gozo. Que este júbilo suyo, de Madre buena, se nos pegue a todos nos-

otros: que *salgamos* en esto a Ella –a Santa María–, y así nos pareceremos más a Cristo» (n. 109). Me parece estupenda una expresión que encuentro más adelante bajo el simpático título de *El colirio de la propia debilidad*, de genuino sabor evangélico: «Vosotros, como yo, os encontraréis a diario cargados con muchos errores, *si os examináis con valentía en la presencia de Dios* (la cursiva es nuestra). Cuando se lucha por quitarlos, con la ayuda divina, carecen de decisiva importancia y se superan, aunque parezca que nunca se consigue desarraigarlos del todo» (n. 162).

Una milicia como la auspiciada y querida por Mons. Escrivá, sobre la base de la humildad, tiñe de rosa y de luz una nueva aurora para la Iglesia del futuro.

LAS CUALIDADES HUMANAS, FUNDAMENTO DE LAS VIRTUDES INFUSAS

La vida del cristiano debe entonces componerse de una armonía de las virtudes humano-naturales y cristiano-sobrenaturales, no por un amalgamamiento postizo y artificioso, sino según una elevación que es efecto de la abnegación y la generosidad. Se puede decir que el capítulo sobre «virtudes humanas» está en el centro del li-

bro. Se abre con la delicada escena de la unción de los pies a Jesús por parte de la pecadora frente a la conducta severa y despectiva del jefe fariseo, un gesto de delicadeza humana, transfigurada por la gracia, en contraste con la tacañería altanera. De aquí la divisa de Mons. Escrivá de que el cristiano debe ser «universal»: no sólo en el sentido de que su ideal de perfección debe abarcar todas las clases sociales, desde el obrero al funcionario, sino porque esto le ofrece la posibilidad de practicar todas las virtudes en todo su festivo cortejo de virtudes morales y teologales: se trata de que el cristiano debe ser «hombre entero» (n. 74). A esto apunta, porque es el fundamento de la intuición teológico-mística del autor, el misterio central de la Encarnación. Anima y reconforta el optimismo de esta espiritualidad: «Mi experiencia de hombre, de cristiano y de sacerdote me enseña que no existe corazón, por metido que esté en el pecado, que no esconda, como el rescoldo entre las cenizas, una lumbre de nobleza. Y cuando he golpeado en esos corazones, a solas y con la palabra de Cristo, han respondido siempre» (ibídem). Y declara, como contento de un descubrimiento que expone con franco realismo de luz sobrenatural: «En este mundo, muchos no tratan a Dios; son criaturas que quizá no han tenido ocasión de escuchar la palabra divina o que la han olvidado. Pero sus

disposiciones son humanamente sinceras, leales, compasivas, honradas. Y yo me atrevo a afirmar que quien reúne esas condiciones está a punto de ser generoso con Dios, *porque la virtudes humanas componen el fundamento de las sobrenaturales*» (ibídem, la cursiva es nuestra).

Esta página vale por un tratado de ascética y de mística, y explica, en mi opinión, la originalidad evangélica del Opus Dei, que no se asienta en categorías abstractas, sino en el compromiso de la *persona*, que es un todo en tensión: así, incluso si en un momento dado estuviese alejada de la relación con Dios, bastaría un soplo de la gracia para despertarla de nuevo a aquella vocación divina que ha sido depositada en ella, como imagen de Dios que fue en la creación, transfigurada luego por la Pasión y Muerte de Cristo con la gracia santificante. En esta primera esfera, mejor que etapa, de la vida cristiana, lo que debe contar es la lealtad con Dios y con los hombres: Mons. Escrivá, enumerando las virtudes humanas, se detiene en la fortaleza, la serenidad, la paciencia y la magnanimidad –que es también una virtud de la *Ética a Nicómaco*– para concluir con la laboriosidad y la diligencia: «el trabajo –lo vengo predicando desde 1928– no es una maldición, ni un castigo del pecado, el Génesis habla de esa realidad, antes de que Adán se hubiera rebelado contra Dios» (n. 81); una observación,

tan simple como genial, semejante a la que sigue: «el tiempo no es sólo oro, ¡es gloria de Dios!» (ibídem). Y completa el recorrido hablando de veracidad y justicia: es preciso desechar la difundida convicción de que «nadie vive y dice la verdad, que todos recurren a la simulación y la mentira» (n. 82). No es verdad, proclama. «Existen muchas personas –cristianos y no cristianos– decididas a sacrificar su honra y su fama por la verdad [...]. Son los mismos que, porque aman la sinceridad, saben rectificar cuando descubren que se han equivocado» (ibídem).

UN «ECUMENISMO DE LA SANTIDAD»

Y son éstos a quienes Dios elige y dispone para la vida y práctica de las virtudes sobrenaturales: la fe en Dios, la esperanza en la vida eterna y el amor a Dios y al prójimo. Las virtudes sobrenaturales son las propias del cristiano, y llevan a efecto la semilla divina que es la gracia como «participación de la naturaleza divina»; son, por tanto, la vida de la filiación divina en nosotros. Es el momento más denso del magisterio de Mons. Escrivá, que quiere unir en un único cortejo, *en camino* hacia la santidad, a laicos y religiosos, en santa emulación por la vitalidad de la Iglesia y la conquista de las almas para

Dios en la hora presente... A los laicos que, con una específica vocación divina, buscan la santidad en la vida cotidiana, Mons. Escrivá recomienda la vida interior fundada en la humildad, la presencia de Dios y la mortificación de los sentidos y del espíritu; la transformación del trabajo en oración, el aroma de la pureza... y todo el cortejo de las virtudes cristianas llamadas a embellecer el alma del creyente para santificación propia y apostolado con los hermanos. Se trata de un programa que alcanza un arco infinito, levantado entre la laboriosidad de la jornada a tiempo completo en el mundo y los impulsos a la vocación de la vida mística con los dones del Espíritu Santo. Un rasgo importante, y quizás la flor más delicada de esta espiritualidad, es la doctrina clásica del «santo abandono» del alma en Dios (tan querida también a mi Fundador, el Beato Gaspare Bertoni), que encierra en sí el secreto del alma con Dios: «Mi experiencia sacerdotal –declara nuestro autor– me ha confirmado que este abandono en las manos de Dios empuja a las almas a adquirir una fuerte, honda y serena piedad, que impulsa a trabajar constantemente con rectitud de intención» (n. 143).

De aquí, el tránsito al «espíritu de infancia», que es una discreta luz difuminada en cada página de esta iniciación a la santidad evangélica y que acerca estas admirables *Homilias* a los tex-

tos clásicos de la mística cristiana: «Descansad en la filiación divina. Dios es un Padre lleno de ternura, de infinito amor. Llámale Padre muchas veces al día, y dile –a solas, en tu corazón– que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo» (n. 150). De aquí, la vocación (que sólo puede sorprender a quien no conozca de cerca la misión en la Iglesia que el Fundador ha confiado al Opus Dei) a la vida contemplativa practicada «en medio de la calle, del trabajo, con una conversación continua con nuestro Dios, que no debe decaer a lo largo del día. Si pretendemos seguir lealmente los pasos del Maestro, ése es el único camino» (n. 238). Por consiguiente, podemos hablar, con un significado bien preciso, de un «ecumenismo de la santidad», en el espíritu de la más plena adhesión a la finalidad del último Concilio y a la vida de la Iglesia.

La última homilía (*Hacia la santidad*) debería ser reproducida por entero: no conozco en la literatura espiritual contemporánea –aunque mi conocimiento pueda ser limitado– un texto que pueda ponerse a su altura: el estilo es pleno y gozoso, como de costumbre, pero la médula está entre las más robustas que haya encontrado. Admite que la vida de «unión continua con Dios es una meta verdaderamente alta, pero no inasequible» (n. 295), y fiel a los clásicos de la mística de to-

dos los tiempos, recomienda ante todo la oración: «El sendero que conduce a la santidad, es sendero de oración; y la oración debe prender poco a poco en el alma, como la pequeña semilla que se convertirá más tarde en árbol frondoso» (ibídem).

Y quiere la fidelidad a las oraciones aprendidas de niños, «frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra» (n. 296). Recomienda la «lectura de libros que narran la pasión del Señor. Esos escritos, llenos de sincera piedad, nos traen a la mente al Hijo de Dios, Hombre como nosotros y Dios verdadero [siempre la fórmula atanasiana] que ama y que sufre en su carne por la Redención del mundo» (n. 299). Poco antes, al exhortar al celo por el apostolado, había anotado con dolor filial que «Jesús tiene pocos amigos aquí abajo» (n. 298); ahora denuncia con franqueza apostólica a los enemigos que la Iglesia tiene en su interior: se trata de quienes «llegan a herir a las ovejas, con las piedras que debieran tirarse contra los lobos» (n. 301); y más explícitamente: «quienes sostienen una teología incierta y una moral relajada, sin frenos; quienes practican según su capricho personal una liturgia dudosa, con una disciplina de *hippies* [cursiva en el texto] y un gobierno irresponsable, no es extraño que propaguen contra los que sólo hablan de Jesucristo, celotipias, sospechas, falsas denuncias,

ofensas, maltratamientos, humillaciones, dicerías y vejaciones de todo género»(ibídem).

Son quizá las líneas más adoloridas del libro, donde es evidente la alusión autobiográfica: un grito y una protesta de dolor, pero para un encuentro con Cristo en el amor.

ESCRIVÁ Y EL CONCILIO

Mons. Escrivá tuvo la suerte de trabajar antes, durante y después del Concilio Vaticano II. Aunque es cuestión raramente mencionada en estas páginas de conversaciones familiares para la formación espiritual de los interlocutores, uno a uno –la mayor parte de ellas, por lo demás, precede al Concilio–, se puede decir que su autor anticipó con intuición segura los temas fundamentales de aquél y alguno, incluso, si se me permite la hipérbole, con propósito más amplio y no raras veces con mayor insistencia. En una página admirable, dedicada al ecumenismo, denuncia con insólito vigor y casi con indignación los «falsos ecumenismos» de asambleas indiscriminadas, mientras el verdadero ecumenismo es «el apostolado *ad fidem*», recordando una «larga historia de dolor y de lealtad». Y esto, con la alegría de que el Concilio haya de nuevo confirmado el ideal apostólico del Opus Dei, lo

lleva a una firme declaración: «considero un celo hipócrita, embustero, el que empuja a tratar bien a los que están lejos, de paso que pisotea o desprecia a los que con nosotros viven la misma fe» (n. 227). Y, con consuelo de nuestra parte, vemos que el tiempo le da cada vez más la razón, demostrando que la auténtica renovación y ecumenismo de la Iglesia no están en conformarse a las ideas y a las obras del mundo, sino en redimir el mundo aproximándolo a la imitación del Modelo, Jesucristo: Verbo Eterno, Hijo del Padre, que se encarnó por nosotros de María.

MARÍA, MADRE DEL AMOR HERMOSO

Me place concluir esta modesta presentación de un libro, que permanecerá ciertamente como un texto clásico de la espiritualidad cristiana del siglo XX, con el recuerdo de la Madre de Dios. Decir que Mons. Escrivá es un hijo devoto, un enamorado ardiente de la Señora, una señal fiel de la tradición espiritual de su gente, orgullosa de su devoción a la *Purísima, sin pecado concebida*, es aún poco. La penúltima homilía está completamente dedicada a «María, Madre de Dios y Madre nuestra» (nn. 274-293): María es Madre del Amor Hermoso, y Madre de la Iglesia, Madre de fe, esperanza y caridad: y es

sobre todo Madre nuestra. Cada homilía, si hemos leído bien, termina con un pensamiento y una invocación a María: María siempre está a su lado y le guía la pluma mientras le conforta el corazón. ¡No es posible mejor final que a la luz de Aquella que, por divino consejo, trajo al mundo la luz del Verbo y la «adoró bienaventurada»!